



CONSIDERACIONES SOBRE LAS GUERRAS

Del tomo de la Colección Austral de la editorial Espasa Calpe “Artículos de costumbres”, uno de los comprendidos es el titulado “Los calaveras”. El autor de toda la obra es Mariano José de Larra.

En ese artículo, Larra menciona como “calaveras” al ateniense Alcibiades, sobrino de Pericles y discípulo de Sócrates; también a César Augusto, “marido de todas las mujeres de Roma”, y a Marco Antonio manejando a su modo a Cleopatra. A ellos Larra les atribuye, junto a infinidad de personajes pasados por la Historia, que el rumbo de ésta se debió en muchos casos a “calaveradas”.

Después de lo señalado por Larra, acordémonos de Hitler y de Stalin y de las repercusiones en su tiempo. Habremos de entender por “calaveras” a esos líderes grandes o pequeños, de ímpetus irrefrenables y deseos de gloria, que sojuzgan pueblos de ámbitos más o menos extensos y hasta a gentes de barrios y calles. No será aventurado decir que “calaveradas” fueron elementos concurrentes en la tragedia de la España de nuestra guerra civil de 1936-1939. En esas convulsiones actúan conductores y seguidores en las que se hallan mezclados resentimientos, venganzas, pillería y también justicia y ensoñaciones a cumplir.

Aparte de lo expuesto y sin dejar de recordar nuestro conflicto bélico, se habrá de pensar que en él estuvo presente, no obstante, una gran mayoría de hombres expectantes, pacíficos, sumisos, temerosos y dubitativos; numerosos adheridos por conveniencia a uno y otro bando de la contienda o influidos por resultados ocasionales o finales de la lucha. Sobre todo lo cual nos vamos a ceñir al ejemplo puntual con circunstancias controvertidas, en un barrio toledano cuyo centro es una plaza popularmente llamada “La Bellota”.

LA PLAZA DE LA BELLOTA

Conocida corrientemente todavía por “la Bellota”, es de nombre oficial plaza del Colegio de Infantes, centro en que convergen calle y bajada del Barco, plazas de Munárriz y de las Fuentes y en conexión con otras vías

más distantes pero de los que en ellas moran no dejan de frecuentar Infantes. Nos limitaremos a lo que en el núcleo pudo observarse al inicio de la guerra civil y de las consecuencias a su término.

Hagamos primero un repaso de los componentes de esta Plaza del Colegio de Infantes hasta julio de 1936. Área urbana, hito de la bajada hasta el río, la Plaza con once árboles entonces, muy estimados y cuidados regándolos los vecinos; troncos sustentadores delimitadores de porterías de niños jugando al fútbol en corto espacio en pendiente, trasladando su afición a Munárriz cuando el número mayor de jugadores hacía conveniente el cambio. Plaza de Infantes llevando su nombre por el Colegio enclavado en una de sus esquinas, acogedor de los seises, pequeños cantores prestando sus emisiones de tiples en oficios y solemnidades en la Catedral.



Con este Colegio existían en la Plaza los modestos establecimientos de las actividades siguientes: Una tienda de comestibles a la que acudían clientes de los sitios antes citados, en la cual se ofrecían productos tan variados como legumbres, patatas, bacalao, aceite, pan, tabaco y cerillas, sin faltar velas, papel rayado inseparable de tinteros y plumas con palilleros para escribir; un puesto de venta de leche para diarios adquirentes portadores de recipientes de cinc; una taberna facilitadora de vino a asiduos compradores provistos de aprovechadas botellas de la marca "Anís del Mono", o a los que de mayor cuantía demandada llevaban damajuanas acercadas para tal fin; una carbonería, su dueño a veces maliciosamente mojado el carbón para que pesase más; y una verdulería en competencia con una vecina que ejercía la misma actividad recorriendo itinerarios cercanos, voceando nombres de frutas contenidas en espuerta y cesta llevadas a pulso con un niño ayudante. Había un portal para solicitantes de cal adecentadora de interiores, más jabón y azulete a agregar al lavado de ropa. Y un negocio que admitía como huéspedes a funcionarios en tránsito que esperaban otro destino en su ciudad. Además, casi desapercibido por su pequeñez, aunque hartamente conocido por cuantos querían arreglos, estaba un sótano donde se ejercía la industria reparadora de calzado.

Variedad de vecinos, con mujer e hijos, eran estos: uno trabajando en Hacienda, un oficial de la Guardia Civil, un maestro, un comerciante de tejidos con tienda en la calle del Comercio, un jabonero, un matarife, un albañil compartiendo oficio con el de bombero, dos carabineros, un relojero con su puesto en otro lugar a la vez que músico, dos camareros, un representante, un cabrero, un chófer al servicio de propietario de taxi y dos sirvientas asistiendo en domicilios distantes. En las calles afluentes a Infantes, vivían un sacerdote, un jefe de Correos, más otro de la Guardia Civil, dos librerías, un empleado de banca, un carbonero añadido, además de otro zapatero remendón y varios carpinteros, herreros y peones a lo que sale, junto con obreros de la Fábrica de Armas.

DÍAS PREVIOS A LA GUERRA CIVIL

Unas vecinas se atreven a expresar vivamente sus ideas políticas; a su vera hay otras que se recatan de hacerlo. El ambiente de la ciudad está caldeado; hay agresiones verbales y aunque no entre los vecinos de esta Plaza, sí, lejos, entre adolescentes que se insultan y pelean hasta con piedras.

Un agitador ha muerto por disparo de un guardia de Asalto en la próxima calle de Sixto Ramón Parro. El primero acosó al segundo y éste hizo uso de su pistola para defenderse. El suceso ha ocasionado un tumulto. Enterado del incidente, un habitual mal encarado sale de su patio maldiciendo todo lo habido y por haber, voz en alto, en solidaridad con el que ha sucumbido, y con navaja abierta intimidatoria rebasa Infantes y llega hasta donde se encuentra el grupo congregado en el lugar de lo acaecido. Un día después, la asistencia al entierro del muerto es multitudinaria; se ha exhortado, casa por casa, a que acompañen al acto por el desgraciadamente fallecido.



Pasan unas días. Una mujer, estafalaria ella, con apuntes de señorita, de buena edad, muestra sus extravagancias; reside en la plaza en que centramos el comentario. Es hija de un ganadero de Ajofrín, casada con un criado pastor de su padre. Toca la mujer el piano y denota procedencia social superior a la del marido. De pronto le ha tentado la política; ha inventado un partido, tan extraño que en el mitin que ha preparado en el Salón de Garcilaso de la calle de los Rojas, proclama que su ideología "es un poquito más que comunista".

Se suceden los mítines anteriores a las elecciones generales del 16 de febrero de 1936. Con el triunfo del Frente Popular, y hasta el 18 de julio, la atmósfera callejera está efervescente. Aparece la sublevación mili-

tar. No preocupa al principio. Se han visto pasar unos aeroplanos -con tal nombre se les señala-, que se dice proceden del aeródromo de Cuatro Vientos. Se cree que van a sofocar una pequeña insurrección en los dominios españoles de Marruecos. Muchachos en el anochecido veraniego bajan al Paseo de la Vega sin otra intención que ver a las chicas y éstas a ellos.

Después de lo que se sabe del Norte de África, el domingo, 19 de julio, Zocodover se llena de guardias civiles que registran a los viandantes. Un mozalbete ha sido cacheado y, gustando a éste la novedad, vuelve tras unos minutos al mismo agente que le registró antes para nueva experiencia, pero por la burla recibe una bofetada.

EL CONFLICTO SE HA EXTENDIDO

En el barrio ya se conoce que la sublevación ha tomado un cariz diferente al supuesto. Las mujeres, con mayor inquietud, suben las cuestas del Barco a proveerse de artículos alimenticios al Mercado de Abastos junto al Teatro de Rojas; lo que siempre se decía "ir a la plaza".

En cada puerta abren sus ojos cuantos desasosegados habitantes desean enterarse y comunicarse sobre lo que pasa. Unos pocos, de improviso, ven cruzar presurosos, ruidosos y precavidos por los Cuatro Tiempos a unos guardias civiles gritando y tratando de ahuyentar a cuantas personas se les interponen. Vienen de la Catedral y van camino del Alcázar para unirse a los que ya están allí concentrados.

Las noticias del estallido armado contra el sistema vigente son perturbadoras. Crece el nerviosismo y la ansiedad. No tardando, entran en la ciudad combatientes al servicio del Gobierno. Al verlos, se oye una voz que exclama vibrante ¡Viva la República! Pero no son fuerzas regulares las que penetran, pues están constituidas por milicianos llegados de Madrid y de otras localidades. Pronto su conducta arrogante provoca la pérdida de la simpatía inicial, porque muchos de ellos se toman la justicia por su mano, siendo escrutadores de personas y domicilios.

Pero entre ellos también los hay con buenos propósitos, que tratan de organizarse adecuadamente. Uno es el capitán Sediles, que manda una agrupación de la CNT-FAI, con buen tino. Este militar participó en la sublevación de Jaca, el 12 de diciembre de 1930, en compañía de los capitanes Fermín Galán Rodríguez y Ángel García Hernández, contra el último gobierno de Primo



de Rivera. Por tal motivo, los tres fueron condenados a la pena capital, llevada a cabo con Galán y García Hernández. Salvador Sediles tuvo mejor suerte que sus compañeros de armas, pues fue indultado.

Sediles tiene que mostrar su autoridad ante los combatientes anarquistas, lo que no siempre le resulta fácil. Su objetivo es derrotar a los sublevados, fortificados en el Alcázar bajo el mando del coronel Moscardó.

COMO SE VIVE EN EL BARRIO

Al principio cada hogar se provee de alimentos con cierta normalidad. En las milicias procedentes de Madrid abunda el derroche de las viandas que poseen. Incluso utilizan barras de pan, bajo las ruedas, para mantener parada una camioneta a su servicio. Alarde divertido por parte de los que lo celebran; quieren demostrar que la comida es generosamente de dominio popular. Pero con el paso del tiempo el avituallamiento para la población civil empezará a escasear. Surgirán colas ante las tahonas y los puestos dispensadores de otros géneros.

El edificio del Colegio de Infantes es allanado y en él se aloja el batallón de voluntarios “Los leones rojos”. Lo primero que hacen es sacar de este centro todo lo que les estorba, especialmente el material escolar de los seises, que es arrojado fuera de este improvisado cuartel. Audaz, manda este nuevo batallón el “capitán Lunares”, de profesión camarero, que, al mismo tiempo que él se ha puesto tres estrellas en su gorra de plato, le ha colocado dos de teniente a un hermano suyo, también camarero. Todavía sin haberse constituido el después llamado “Ejército leal”, en los uniformes de los oficiales no se habían reemplazado las estrellas por las barras doradas horizontales usadas por los franceses.

En el barrio se teme a este batallón de los “Leones rojos” al que se encarga cubrir una parcela en el asedio del Alcázar. Algunos de sus componentes son bien conocidos pues residen en el entorno. No falta quienes les requieran y les adulen en búsqueda de protección.

Un avión -digamos, al uso, que “aeroplano”- enviado por el Gobierno de Madrid, ha sobrevolado Toledo y ha lanzado a la población el renovado diario “ABC” republicano. En el periódico figura una fotografía trucada en la que se destaca a Gil Robles, jefe del partido Acción Popular, abrazando a una dama como si de una orgía se tratara. Con ella se pretende desacreditar al político al considerarle la cabeza civil de la candente subversión. En otra ocasión, por el mismo medio, son arrojadas octavillas condenando el Alzamiento; un maestro, desde uno de sus balcones de la Plaza del Colegio de Infantes, a viva voz, lee una de ellas a sus convecinos reunidos debajo, y al terminar recibe una fuerte ovación.

SURGE LA VIOLENCIA

De repente se ve correr despavorido a D. Buena Ventura Alarcón, párroco de San Justo y Pastor, que se refugia en un portal de la Plaza de la Bellota. Allí unos desalmados le golpean con una botella en la cabeza, y terminan causándole la muerte de un disparo. Su cadáver, arrojado a la calle, permanecerá sobre el empedrado con la sotana puesta durante más de veinticuatro horas.

El capellán del cercano convento de la Purísima Concepción, más conocido como las Benitas, es igualmente asesinado. El mismo destino tendrá el clérigo D. Bernardo Martín Robledo, después de ser sacado de su



casa situada calle arriba de La Bellota. Y muy cerca, lo mismo le ocurrirá a un funcionario de Correos, que convivía con dos cuñados ahora refugiados en el Alcázar.

En las proximidades, los milicianos registran un domicilio buscando a un funcionario del Ayuntamiento de significación derechista, pero que confunden con otra persona de igual apellido. Inspeccionan una vivienda próxima sin que sus residentes estén en ella en ese momento; en un mueble de una de las habitaciones encuentran un rosario del ama de la casa, y una vecina invitada a ser testigo de la investigación se afana en salvar a la poseedora con frases de excusa, pero uno de los milicianos por sorpresa, sonriente, manifiesta: “también mi madre tiene su rosario”. Lo peor es que en otro mueble en que miran se guarda un buen manojo de hojas de papel impreso de propaganda contraria al Frente Popular; menos mal que el manojo no le abren y no ven el contenido doctrinal; los papeles guardados habían sido encontrados y recogidos de la calle, con el fin de utilizar sus reversos en blanco para apuntes en clase por un joven estudiante de Bachillerato, hijo de un modesto trabajador.

Una noche, en su recogimiento, una familia oye unos disparos producidos fuera de sus paredes “¡Dios mío, a quién habrán matado!”. Pasan en zozobra hasta al amanecer y entonces descubren que ningún ser humano ha sido víctima mortal; lo ha sido un perro. No se quiere que animales sueltos hociqueando cadáveres ocasionen malignas epidemias.

INCORPORACIÓN A LAS MILICIAS

Un padre con siete hijos de los que únicamente el mayor ha aportado un jornal como impresor de la Editorial Católica Toledana, decide incorporarse a las milicias. Necesita allegar dinero de este modo para los suyos, y a la vez desterrar recelos, pródigos durante el conflicto que se está padeciendo. Está preocupado por haber llevado de ordinario corbata y sombrero por imperativo de su profesión de agente del Pósito, pero ahora no ejerce esa actividad. Una vez admitido como miliciano, recibe una escopeta. Los comités disponen de bastantes escopetas decomisadas a los que las usaban para cazar y a las tiendas que venden armas. También han sido incautados aparatos de radio a sus dueños. El agente del Pósito, arma al hombro, consigue no aproximarse a las líneas de fuego, algo que ni quiere ni puede; su visible obesidad y su avanzada edad no concuerdan con el prototipo de soldado aguerrido, y esto le salva de prestar los cometidos de otros milicianos y de sufrir sus riesgos.

Bien distinto es otro de la Plaza de la Bellota, propietario de una corta punta de cabras que le benefician con su leche. También se inscribe como miliciano para recibir otra escopeta, eso sí, con ardiente voluntariedad.

Su mujer no es del mismo sentir. Ella no ha faltado a misa dominical y, además, es prima hermana de uno de los curas asesinados al que tenía mucho cariño.

Un joven, viviendo no lejos de ellos, se une al batallón de los “Leones rojos”, convencido de que se asocia a una noble causa. Es carbonero de negocio de sus padres, no del que mojaba el carbón. El muchacho usa desde hace poco pantalones largos, y hasta fechas recientes jugaba al balón con sus amigos. Dos de éstos, ya estabilizada un poco la vida en Toledo, al quedar reducido el conflicto bélico al cerco del Alcázar, se atreven a merodear, curiosos, y se aproximan a una de las barricadas de los atacantes. Y mientras están allí, se esparce la noticia de que inesperadamente salen los defensores de la fortaleza. Pero es una falsa alarma. Los chicos quedan solos junto a los sacos terreros amontonados; los milicianos vigilantes, indisciplinados, asustados abandonan los parapetos.

Cómo iban a imaginar estos dos muchachos que pasados unos cuantos meses, por reclutamiento forzoso, habrían de integrarse como soldados en la guerra. Uno acabaría como alférez provisional en el ejército triunfador; el otro, alistado en el perdedor, estaría prisionero en un campo de concentración durante mes y medio tras el final de la guerra.

LAS TROPAS NACIONALES ENTRAN EN TOLEDO

Entran las tropas “nacionales” en Toledo. La réplica a la violencia anterior se hace patente. El agente del Pósito es fusilado porque se le denuncia como luchador enemigo. El maestro lector de la octavilla desde su balcón, corre igual suerte. Dos hermanos herreros son condenados a morir por haber desmontado, obligados, la cerradura de la entrada de una casa de un inquilino ausente mientras dominaban las fuerzas del Gobierno de Madrid.

Otro maestro, joven, que siendo estudiante fue elegido delegado de curso de la FUE, organización escolar de tendencia liberal, se esconde en el camaranchón de su casa, atendido por sus padres. Es un joven estudioso y equilibrado que había abominado de los excesos cometidos por los extremos de izquierdas, y protegido a su antiguo profesor de la Escuela Normal



de Maestros, directivo de Acción Católica. Finalmente este joven se sumará al Ejército que avanza; siendo alférez provisional, como aquel otro que alcanzó la estrella, morirá en la batalla del Ebro.

El cabrero que se ofreció a armarse con escopeta huye hacia Argés, aunque arrepentido vuelve sus pasos e indeciso mira la ciudad dejada. Contacta con un amigo que va a ese pueblo a recoger leche que despacha en la capital. No se han formado aún las líneas separadoras de tropas vencedoras y las que se alejan. El amigo aconseja al que quiere obtener noticias: “No pases a Toledo, que t’afaitan”. La frase, correcta, “que te afeitán”, es que te cortan el cuello, que te quitan la vida con cualquier medio.

TERMINA LA GUERRA

El cabrero huido, tras volver a Toledo terminada la guerra, sufrirá la pena de muerte, después de un juicio sumarísimo. No sabemos qué hizo durante el dominio “rojo”.

Otro vecino será acusado de participar en el incendio de la iglesia de San Lorenzo, situada a pocos metros del Palacio de Munárriz, y de intervenir en el asesinato del capellán del convento de las Benitas. Pero al entrar los que conquistan la ciudad, se alistará en la Legión, y logrará así librarse de la condena por sus acciones pasadas. Como legionario será herido en las trincheras, sufriendo la amputación de una pierna en el hospital. Después ingresará en el Cuerpo de mutilados con pensión vitalicia. Terminada la contienda, lucirá uniforme, apoyado en su muleta, medalla en el pecho, y presumirá de héroe, pero al conocerse sus antiguos delitos será fusilado.

PERSONAS SIN ADSCRIPCIÓN POLÍTICA

Tres casos de apolíticos; otros protagonistas vinculados con “La Bellota”.

El popular Gabino “el pianista” es un disminuido mental que cobra un poco de dinero por arrastrar un manubrio callejero y mover la manivela para hacer sonar trozos de zarzuela. Recibe monedas de cinco y diez céntimos de peseta en el platillo que muestra a los transeúntes que se paran a escuchar la música. Pero cuando entran los batallones liberadores de los refugiados en la Academia militar, Gabino, siguiendo lo que ha visto en días precedentes, saluda puño en alto a un grupo de conquistadores, que sin advertir la minusvalía del salu-

dador, creyendo que les provoca desafiante, le encañonan y el infeliz Gabino cae al suelo sin hálito.

Volviendo hacia atrás, el titular de una librería-papelería que vive también en el barrio, llegaba a su hogar vestido con un “mono” que le habían regalado unos milicianos a los que daba material de escritorio. Esa prenda era el uniforme corriente de los milicianos. Vestido con ella, frívolo y festivo, recorría el camino hasta su casa. Conquistado Toledo por las unidades triunfantes, el librero marcha a un pueblo cercano como muchos otros toledanos se dirigen a diferentes localidades, persuadidos de que la ciudad va a quedar arrasada en el presumible combate entre los que en el momento la ocupan y los que entran. Pero apenas si se produce alguna refriega. Pasada una semana, el librero vuelve a la ciudad con la intención de recuperar su actividad diaria. El haberse vestido alegremente con el “mono” supondrá que sea considerado como un ardoroso adversario y, tras su detención, será ejecutado frente a un paredón.

La esposa de un guardia de Seguridad, cuerpo antecederentemente apodado de “los romanones”, pidió a los milicianos que fuera acompañada hasta los muros del Alcázar, en uno de los días del asedio. Quería ver a su marido que se encontraba entre los defensores del recinto militar. A voces le pide que se escape, pero éste, asomado a una ventana, la responde que se marche de allí. Unas semanas más tarde, esta misma mujer, tras conocer que varios regimientos a las órdenes del general Varela han llegado a Talavera de la Reina, confía en que pronto su esposo sería liberado por esas tropas. Cumplido el objetivo, la esposa del guardia se lanza emocionada a abrazarle. A ella, siempre, lo que le importó era ver salvo y sano al hombre de su amor.

COMENTARIO FINAL

Las guerras son tristes, los participantes quedan a merced del azar. Las casualidades determinan sus destinos. Los “calaveras” se elevan o perecen.



F. Dorado